

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL HOMBRE
Y SU MEDIO

LA AMBICIOSA ECOLOGIA

EL actual movimiento de «retorno a la tierra» difiere de todos los precedentes por su contenido y no sólo por su alcance. En puridad, no se trata tanto de que los hombres vuelvan a la Naturaleza, como de que la Naturaleza «vuelva» a los hombres.

Es una cuestión de equilibrio o, para decirlo con la difundida jerga de hoy, «una cuestión ecológica».

La manoseada palabra «ecología» no es de invención reciente; durante casi un siglo, los zoólogos han considerado la ecología como la parte de su ciencia que estudia la distribución de animales y su relación con el medio. Hoy por hoy, la ecología es más ambiciosa y sus problemas no parecen tener fin: la distribución de la población humana en el globo en relación con la llamada «bioesfera»; los recursos disponibles; la eliminación de desechos; el empobrecimiento de las especies biológicas; la influencia de la revolución industrial sobre el equilibrio natural; el uso y abuso de la tecnología; la relación entre el medio natural y las estructuras sociales, etc., etc.

No es sorprendente que la ecología haga furor. Se han publicado sobre ella docenas de libros, y sigue la cuenta. Las revistas le dedican números, y hasta secciones regulares, especiales. Los políticos de toda laya se creen obligados a incluir en sus discursos tiradas ecológicas. Abundan las reuniones, las conferencias y hasta los festivales consagrados a debatir problemas planteados por «el hombre y su medio». Se habla no sólo de ecología, sino también de ecotecnología, de ecotáctica, de ecopolítica, y hasta de ecopornografía.

Tampoco la preocupación por la relación entre el hombre y el medio es cosa nueva. Malthus sonó hace tiempo —en 1798 exactamente— la voz de alarma. El titulado «conservacionismo» es tradicional. Han sido también frecuentes en el pasado los lamentos del tipo de «¡Cuán verde era mi valle!» y los nostálgicos arranques al es-

tilo de Coleridge: «Y aquí hubo bosques, tan antiguos como las colinas, cubriendo soleados parajes de verdor». Pero nunca como ahora se había insistido tanto en la posibilidad e inminencia de ecocatástrofe. O cuando se hablaba de ellas, se preveían soluciones. Ya Malthus había sugerido una solución tan neta como brutal al problema de la creciente discrepancia entre la cantidad de población y los recursos naturales disponibles: la hambruna niveladora. Con los adelantos científicos y técnicos surgieron propuestas menos desalmadas. Puesto que Malthus no había tenido en cuenta la posibilidad de tales adelantos, no pensó que podían evitarse por medios racionales los cataclismos ecológicos. Por lo visto, no había por qué alarmarse tanto. Hoy, en cambio, la alarma es general. Las ecocatástrofes están en boca de todos, porque los adelantos técnicos, lejos de constituir un bien absoluto, pueden convertirse en un mal incorregible. Lejos de solucionar el problema, pueden complicarlo y exasperarlo.

Cuando algo hace furor, corre el peligro de convertirse en una moda (o hace furor justa y precisamente porque es una moda). Sin dudar de su sinceridad, cabe preguntar hasta qué punto son efectivos ciertos «ritos ecológicos» (por ejemplo, los entonamientos simbólicos del medio de transporte más común y mortífero: el automóvil) o las numerosas consignas ecológicas relativas a la necesidad de establecer «amistosas relaciones entre el hombre y su medio», de cambiar «la faz de la tierra», de eliminar «la vida tensa, ruidosa e histérica de las grandes ciudades». Estas consignas son justas, pero sería deplorable que el actual interés por las cuestiones ecológicas resultara pasajera en virtud precisamente de su exacerbación. El asunto merece interés y alarma, pero también calma y persistencia, porque se trata de problemas reales, y hasta del más fundamental problema del presente.

Este problema tiene muchas caras, pero dos de ellas saltan a la vista.

Una es la cuestión de la población o, mejor, superpoblación del globo en relación con los recursos naturales disponibles. Estos recursos no están totalmente inventariados, y a mayor razón completamente explotados. Los que se explotan, o pueden explotarse, cabe explotarlos mediante técnicas a la vez más eficaces y menos ofensivas que muchas de las actuales. Además, cabe poner coto a la creciente superpoblación, evitando que nuestros casi 4 mil millones de prójimos se conviertan en los anunciados 8 mil millones dentro de treinta o treinta y cinco años. El movimiento en favor del «crecimiento cero de la población» va encaminado a ello. Sin embargo, aun en el estado actual de cosas respecto a la población, la tecnología no es omnipotente. Mucho queda aún por hacer en lo que toca al aprovechamiento de energía, y hasta en lo que concierne a la producción agrícola, pero una cosa que la tecnología no puede hacer son milagros. Se ha comparado nuestro planeta con un vehículo espacial cuyas capacidades son finitas. Para seguir con la misma imagen, se puede pescar algo fuera del vehículo —por ejemplo, energía solar, y si nos dejamos llevar por el optimismo, algunos recursos procedentes de otros planetas—, pero la tierra sigue siendo nuestra madre, y como ésta nos nutre y ampara, hay que velar por ella. En este respecto, el matricidio equivale al suicidio.

Supongamos, sin embargo, que pueda resolverse tecnológicamente el problema de los recursos naturales y que, por añadidura, se ponga remedio a la amenaza de la superpoblación. Aun así, la situación sigue siendo crítica, y lo irá siendo cada vez más. La razón de ello constituye el tema de la mayor parte de las actuales consideraciones ecológicas: la contaminación.

Es ya trivial hablar de lo irrespirable que es el aire en las ciudades, del polvo, del humo, de los vapores y de las emanaciones que nos rodean y penetran, pero lo es menos tener en

cuenta que el anhídrido carbónico en la atmósfera aumenta en proporción alarmante. Eso no solamente hace irrespirable, o insalubre, el aire, sino que altera asimismo las condiciones atmosféricas, al punto de que oportunamente podría producirse el famoso «efecto de invernadero», con el aumento general de temperatura media del globo, el derretimiento de las grandes masas de hielo de los polos, y la inundación de vastas zonas costeras. Es asimismo trivial hablar de las ingentes y crecientes cordilleras de desechos de toda clase que obstruyen y desfiguran el paisaje, modifican los lechos de los ríos y manchan las corrientes, pero lo es menos reparar en que estos desechos son el resultado de un pillaje a la vez frenético y sistemático de los recursos naturales. Es trivial, finalmente, hablar del desequilibrio natural que producen los insecticidas y pesticidas, de la tala indiscriminada de bosques y, en general, de la destrucción de áreas silvestres, pero no se trata aquí sólo de desequilibrio natural, sino de algo peor: de empobrecimiento biológico. La Naturaleza, como la cultura, puede perecer a fuerza de homogeneidad.

Hay acuerdo general en que nos las habemos con problemas graves, pero no lo hay en los modos como pueden solucionarse, o siquiera entenderse o interpretarse. ¿Cómo puede haber acuerdo en la solución, o interpretación, de esos problemas cuando prácticamente todo el mundo, desde Nixon hasta Marcuse, o desde Kosygin hasta Cohn-Bendit, tiene algo que decir al respecto? No todas las actitudes y propuestas ecológicas son específicamente políticas, pero en todas se presuponen juicios de valor que cabe expresar políticamente. En todo caso, en las «actitudes ecológicas» se transparentan, como veremos pronto, fundamentales actitudes humanas.

J. FERRATER MORA

REPERCUSIONES
GERONTOCRATICAS

LOS TRABAJOS Y LOS AÑOS

AUNQUE parezca una broma, la cosa es muy, pero que muy seria: la penicilina constituye, uno de los factores más decisivos del auge «conservador» a que estamos asistiendo en las cinco partes del mundo. Así me lo aseguraba, días atrás, el profesor Sardà i Dexeus. Creo que, literalmente o poco menos, éstas fueron sus palabras. Como es lógico, la referencia a la penicilina tiene, aquí, un valor de emblema: de hecho, representa al conjunto de trucos terapéuticos, de higiene, de farmacopea o de cirugía, gracias a los cuales la vida de la gente se alarga más de lo que era costumbre hasta ahora. En términos generales —esos promedios estadísticos abstractos y a la vez concretísimos—, los individuos de la especie humana, hoy, cuentan con una mayor resistencia, no sólo a la muerte, sino a la misma y simple vejez, si les comparamos con sus antepasados. El módulo de «anclanidad» de otros tiempos es, actualmente, una «madurez» eufórica, casi irreprochable, sana. La Medicina y sus sacerdotes hacen los máximos esfuerzos para que nuestros cuerpos «aguanten». La consecuencia «social» es obvia: una progresiva «senilización» de la sociedad...

Ya se comprende el problema, en efecto. Sardà i Dexeus, economista de oficio, aludía a lo que ocurre en los tinglados administrativos: una extraordinaria «lentitud» en el relevo de las personas que firman y rubrican con poderes eficaces. Estos señores tardan en jubilarse, y por tanto, la «sangre nueva» queda bastante paralizada, en su empuje «natural», al intentar acceder a los circuitos normales del negocio o de la burocracia. Los viejos mandan, y mandan porque siguen en condiciones de mandar. La «penicilina» juega su favor. Y esto se plantea a todos los niveles de la vida colectiva: públicos y privados, de académicos y de jornaleros, de chupatintas y de destripaterones. Una acumulación de ancianos «ágiles», todavía útiles para el servicio activo, ha de suponer un terrible freno para la energía de los jóvenes. Quizá sea este desdeñado detalle uno de los ingredientes más explosivos de la rebeldía juvenil, de que tanto hablan los periódicos. Los «lugares al sol» continúan ocupados, y los muchachos se impacientan. La

pillora se dora con doctrinas y quejas; pero, en el fondo, se trata de un problema de «espacio vital». La longevidad sistemática se está convirtiendo en una perspectiva angustiosa: cada día hay más viejos, y cada día hay muchos más jóvenes que, a su vez, envejecerán, y así sucesivamente.

Cuando el doctor Sardà sintetizaba, en exacta caricatura, las irrebatibles bondades de la penicilina, y sus repercusiones gerontocráticas, yo pensé enseguida en una lectura reciente. Confesaba, por mi parte, que era «reciente», me hubiera dejado en mal lugar, y me callé. Se trataba del prólogo que el difunto don Lorenzo Ribera, presbítero, escribió a su traducción castellana de las obras de mi paisano Luis Vives. Por razones de ese mismo paisanaje, y por solidaridad «semítica» —si un Vives catalaúnico es «judío», ¿qué ha de ser un Fuster?—, yo estaba obligado a interesarme mucho y pronto en el filósofo valenciano del XVI. Por otras razones, aleatorias, no cumplí con este deber hasta hace unos meses. «Mea culpa», en cierto modo... El caso es que me acordé de una observación del reverendo Ribera. Una observación, al fin y al cabo, banal. Sin embargo, ¿quién la había hecho antes? Mejor dicho: ¿Quién de nosotros, consumidores escolares o postescolares de «manuales de historia», la había captado; a pesar de que quizá circulase implícita o explícita en los libros de uso corriente... En 1524, Juan Luis Vives enviaba una carta al obispo John Longland, de Lincoln, a propósito de las delicadas circunstancias político-religiosas que condicionaban a la Europa del momento. La carta en cuestión es un papel subalterno y arqueológico. Pero las circunstancias en juego venían regidas, básicamente, por tres tipos sociales: Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos I de España y V de Alemania. Un trío impresionante, por supuesto. Al menos, tal es la impresión «a posteriori».

La imagen de estos tres señores se nos ha quedado grabada en la memoria a través de estampas insignes: unos lienzos del Tiziano, o de cualquier otro pincel memorable que, precisamente, siento no recordar ahora. No importan los pintores;

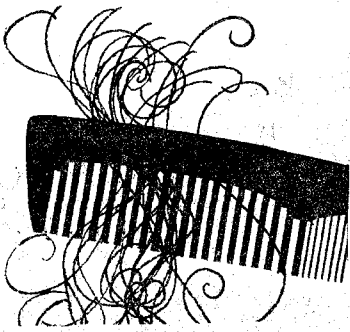
sino los modelos, en este punto. Y los augustos modelos se nos aparecen con barbas, ornamentados de collares y toisones, cetros y oropelos, como correspondía a su alta jerarquía política, y en actitudes ceñudas. El Museo del Prado, el Louvre y las reales «galerías» de Londres, amén de otras muchas pinacotecas, lo certifican... Pues bien: don Lorenzo Ribera, que en paz descansa, preocupado por Vives, nos sitúa ante una minucia cronológica que pone piel de gallina: Enrique VIII tenía 34 años en 1524; Francisco I, 30, y Carlos V, 25. «Demasiada mocedad para tamaños destinos, mocedad y hervores de sangre que traían azorado a Luis Vives, tan joven como ellos, pero cuya aceda juventud estaba corregida por la madurez de la cordura...» Esta frase es del reverendo Ribera: yo soy incapaz de tanta elegancia verbal. Vives tendría entonces 32 años, y ya era un intelectual importante en el cotarro de los humanistas... A los 35 años, hoy —y pongo 35 para poner un límite discreto—, ¿qué se llega a ser en la «escala social»? Ya me lo dirán ustedes...

Y el caso es que hay que contar con la penicilina. No hay que darle vueltas: los escalafones se presentan muy congestionados, y su fluencia es bastante relativa. Los «tamaños destinos» de la Europa del 1524 —tamaños: tan grandes— estaban al alcance de una «mocedad», que el clérigo Ribera calificaba de «demasiada». Ya se que hubo monarcas y banqueros, y campesinos y tejedores y mercaderes —y todo lo demás—, que «duraron» muchos años. Pero lo normal era que muriesen, a lo sumo, sesentones. Muy a lo sumo. La peste, o la gata, o la sífilis, o mil otras enfermedades ahora provisionalmente sofocadas, aceleraban el trámite de las herencias. Esto se acabó. Hay que tomarlo con calma. Los chicos irritados, que hacen de su «edad» un argumento, han de considerar que la pléthora demográfica es un «hecho» difícil de superar. No pretendo desanimarles. Pero las cosas son como son. Antes que «dialéctico» e «histórico», el materialismo es «biológico».

Joan FUSTER

¿así pierde usted
su cabello?

¡consúltenos
hoy!



INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL

Método AKERS - I. C. Internacional

Londres, París, Berlín, Zurich, Marsella, Niza, Lyon, etcétera. La primera y más grande Organización Internacional, 60 Sucursales en siete países, fórmulas y productos registrados exclusivos. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados. En efecto, un tratamiento de higiene capilar puede hacer que se detenga, en algunos casos, la calvicie precoz.

Ciertamente que nos es imprescindible un examen previo para decirle si podemos hacer algo por usted.

Tras su visita al Instituto, y después del citado examen previo, podremos inbirmarle si su caso permite la aplicación de un tratamiento de higiene capilar Akers - I. C. Internacional, y de esta forma, es posible que Ud. pueda fortalecer y conservar su cabello.

Unicos auténticos Institutos en España:

Barcelona: Avda. José Antonio, 634, 10.º Tel. 231-70-82
Madrid: Avda. José Antonio, 62, 7.º, 5.º Tel. 249-22-48
Valencia: Edif. Eurodpto. Moratin, 18, 8.º Tel. 22-60-56

Consultas: Lunes a viernes, de 10 a 20 horas

Sábados, de 10 a 18 horas

Dir. M. Piera - B. Mosquera

Dir. Médica, Dr. Francisco Tarré

TAMBIEN PARA PERSONAS QUE RESIDAN FUERA

C. P. S. 174

PAPELES PINTADOS

SUPERLAVABLES, CRESTA, BARCELONA

Papeles de verdadera maravilla a 60 ptas. rollo de 10 metros en nuestros establecimientos de ENAMORADOS, 38; GALILEO, 278; GENERAL SANJURJO, 38; AVENIDA MASNOU, 64 (La Florida-Hospitalel); ALLOZA, 10 (junto Virrey Amat). Tels. 225-18-04 y 245-95-50. PARA TRABAJO DE PINTURA Y PAPEL, PIDANOS PRESUPUESTO SIN COMPROMISO

GANE DINERO

Criando conejos para la carne, con razas selectas y nuestras jaulas metálicas, únicas, prácticas, limpias, desmontables y más baratas que de madera. Solicite amplia información a

EXTRONA, CLUB DE CUNICULADORES DE TODA ESPAÑA.

Granja Pilot, Exposición y venta. Menéndez Pelayo, n.º 29 - 46 BARCELONA - 12 (Deseamos colaboradores). Solicite gratis boletín informativo



NORGE

Maquinaria para lavanderías de autoservicio
Limpieza en seco, secadoras

Invierta en un negocio seguro y rentable

Monte una lavandería. Servicio técnico asegurado. Información: HISPANIA INTERNACIONAL, S. A. Balmes, 61. Tel. 253-61-84. Visite nuestra instalación piloto. La Gleva, 5 (entre Balmes y Zaragoza)